

**EXCLUIDO
DE PRESTAMO**

**FBJE.Foll
000.793**

ALVARO DEL PORTILLO

**Monseñor
Escrivá
de Balaguer,
instrumento
de Dios**

**Discurso
pronunciado
el 12 de junio de 1976
en la
Universidad de Navarra**

UNIVERSIDAD DE NAVARRA



102219449

ZUBIARTE

Presentación

12 de junio de 1976. En un solemne y entrañable acto académico, la Universidad de Navarra, presidida por su Gran Canciller, Excelentísimo y Reverendísimo Señor Don Alvaro del Portillo y Diez de Sollano, rendía homenaje a su Fundador y primer Gran Canciller, Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer y Albás, Fundador del Opus Dei, fallecido santamente en Roma el 26 de junio de 1975.

En un ambiente de serena y cordial emoción, al filo del primer aniversario de su fallecimiento, se quería honrar la memoria del primer Gran Canciller, que había fundado la Universidad de Navarra, después de muchos años de oración, con el deseo de servir eficazmente a la sociedad. Nacida de la Fe, de la Esperanza y del Amor de Monseñor Josemaría Escrivá de Balaguer, la Universidad de Navarra se ha convertido, bajo su impulso permanente, en la realidad que hoy contemplamos.

En el Aula Magna de la Universidad, el Gran Canciller, Excmo. y Rvdmo. Sr. Don Alvaro del Portillo y Diez de Sollano, hizo una síntesis de la vida, del trabajo y de la heroica entrega a Dios de Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer. El Rector Magnífico, Excmo. Sr. Don Francisco Ponz Piedadra, resaltó las enseñanzas del Fundador y primer Presidente General del Opus Dei sobre la educación. El Vicerrector, Prof. Don Gonzalo Herranz, rememoró palabras y escritos de Monseñor Escrivá de Balaguer relacionados con el dolor y la salud, con la vida y la muerte de los hombres.

Ofrecemos a continuación el texto del discurso del Gran Canciller de la Universidad.

UNIVERSIDAD DE NAVARRA
SERVICIO DE BIBLIOTECAS

Excelentísimos Señores
Dignísimas Autoridades
Ilustre Claustro de esta Universidad
Señoras y Señores:

Una serena y entrañable alegría ha sido nota habitual en la vida de la Universidad de Navarra, característica que nunca ha faltado en sus diversas solemnidades. Esa alegría y ese júbilo procedían del espíritu infundido por su Fundador y primer Gran Canciller. Su fe generosa y su esperanza alegre alentaron cada paso, incipiente o maduro, de esta Universidad. La cercanía de Monseñor Escrivá de Balaguer, llena de viva caridad, imprimía a la seriedad protocolaria de la praxis académica la suavidad de su cariño, el tono cálido de su cordial predilección por vuestra tarea, eminentemente servidora de la Verdad. Mientras tanto, su mirada os urgía a encaminar al bien supremo de todos los hombres vuestro diario quehacer. Su presencia era fiesta. Pero una fiesta que traía como fondo el ritmo y la luz de las obras de Dios, y no sólo el color del acto brillante.

Sois testigos, pues, de cómo ese afecto suyo abría nuestras almas a un gozo, que también se traducía en una amable manifestación exterior, en ese ambiente familiarmente festivo. El Señor había dilatado su corazón hasta tal punto que quienes conocieron a Monseñor Escrivá de Balaguer y le trataron, bien podían llamarle Padre como aquellos que, por la vocación a la Obra, somos verdaderamente hijos de su oración y de su mortificación. Cuando ahora honramos su memoria, el cumplimiento de este deber de estricta justicia se ve también rodeado, pese al dolor, de una paz inquebrantable. Y es que el dolor de la separación material se entremezcla con la honda alegría que brota, tanto de la firme persuasión de que está gozando de Dios en el Cielo, como de la seguridad de que el Padre continúa desvelándose por nosotros, y ahora en un grado muchísimo mayor, con una eficacia aún más grande que cuando nos alentaba con su presencia física. La promesa divina nos recuerda hoy con especiales resonancias aquellas palabras del Señor: **Etiam si mortuus fuerit vivet. Et omnis qui vivit et credit in me non morietur in aeternum.** Nuestro santo Fundador ha creído

con amor inmenso y, por esto, vive y vivirá eternamente. Es lo que nos había predicado en tantas ocasiones: que para el alma fiel la muerte no significa más que un cambio de casa. Convicción venturosa, por tanto, que nos confirma que el Padre sigue y seguirá con nosotros para siempre.

Fácilmente comprenderéis que, aunque he de dirigirme a vosotros en el marco formal de este solemne acto universitario que presido como Gran Canciller, no puedo olvidar que esta celebración tiene como impulso la gratitud, y por motivo honrar la memoria del santo Fundador del Opus Dei y de esta Universidad. Por eso, no os extrañará que estas palabras trasluzcan los sentimientos de un hijo que junto al Padre ha pasado mucho tiempo. Para mí sería imposible no hacer patente tanto mi amor filial, mi inmenso reconocimiento, como evitar que se manifieste el poso divino que su vida ha metido en mi alma. No sé —y lo digo con orgullo— hablar de Monseñor Escrivá de Balaguer sin que la veneración y el afecto más hondos reflejen, en mis conversaciones, el amor de un hijo, a quien la misericordia providente de Nuestro Dios ha querido situar durante tantos años a su lado, otorgándome el don precioso de conocerle, de escucharle, de sentir su inmenso cariño y sus desvelos de buen pastor. Pero, sobre todo, agradezco haber sido —¡quiera el Señor que con mucho provecho para mi alma!— habitual testigo de su santidad, del amor apasionado y heroico por las cosas de Dios, que, de manera firme y asidua, ha animado toda su existencia en un continuo **crescendo**.

Los condicionamientos que sugieren la formalidad de un discurso académico no pueden impedir que se transparenten las disposiciones de mi alma: un movimiento de pesar, porque la separación física del Padre ha sido algo muy penoso, que me ha afligido de manera indecible; y simultáneamente una emoción de continuada confianza en Dios, provocada por tres motivos: porque el Señor lo ha dispuesto así, y su Voluntad es siempre amabilísima; porque nuestro santo Fundador goza ya —**facie ad faciem**— de la visión de Dios; y porque —insisto— nos ayuda a todos con más eficacia incluso que antes.

Vuestro cariño y comprensión me animan a no

reprimir la expresión de estos sentimientos muy íntimos. Considero también que, para cumplir el deber filial de transmitir algunos rasgos de la vida santa del Padre, esta inevitable prioridad del corazón es el lenguaje más elocuente: **amor notitia est**, decían los antiguos. Sólo el **amor**, que da agudeza a la fe, logra que la inteligencia humana penetre en los detalles grandes y pequeños de la providencial intervención de Dios en la Historia y el quehacer de los hombres.

La entera biografía de Monseñor Escrivá de Balaguer sólo puede explicarse y entenderse en el ámbito de un designio divino que, al atravesar toda su existencia, le configura como instrumento de Dios, escogido precisamente para recordar a la Humanidad lo que en su misma alma Dios fue grabando de modo inequívoco. Esta es la convicción honda que el Espíritu Santo imprimió en el corazón del Padre, raíz fecunda de todo su mensaje espiritual: buscar la santidad personal en medio del mundo. Escuchemos sus propias palabras: *Todos los hombres son amados de Dios, de todos ellos espera amor. De todos, cualesquiera que sean sus condiciones personales, su posición social, su profesión u oficio. La vida corriente y ordinaria no es cosa de poco valor: todos los caminos de la tierra pueden ser ocasión de un encuentro con Cristo que nos llama a identificarnos con El, para realizar —en el lugar donde estamos— su misión divina... Cada situación humana es irrepetible, fruto de una vocación única que se debe vivir con intensidad, realizando en ella el espíritu de Cristo. Así, viviendo cristianamente entre nosotros iguales, de una manera ordinaria pero coherente con nuestra fe, seremos Cristo presente entre los hombres*¹.

I. El Padre, instrumento de Dios

Dos profundísimas convicciones encuadran la personalidad humana y sobrenatural de Monseñor Escrivá de Balaguer: una renovada y verdadera humildad —la conciencia plena de que todo don viene de Dios— y, al mismo tiempo, una clara

¹ *Es Cristo que pasa*, 8.ª ed., Madrid, 1974, n. 110, p. 233 y n. 112, pp. 236 y 237.

noticia de su vocación, de su llamada divina, que —comenzando a insinuarse en su alma a los quince o dieciséis años— se le hace patente el 2 de octubre de 1928, tras muchos años de responder al Señor **ecce ego, quia vocasti me**: aquí me tienes, porque me has llamado (I Reg 3, 6). Mientras tanto, en su alma vibraba de modo imperativo aquel grito de Jesús: **ignem veni mittere in terram, et quid volo nisi ut accendatur!** (Lc 12, 49). Este clamor divino —que su incontenible amor de Dios le llevaba a repetir, incluso cantando, con impaciencia santa— llegaría a tener eco en multitud de corazones en todas las latitudes de la tierra.

Su humildad llena de amor

Soy un pecador que ama a Jesucristo, decía con una expresión llena de sinceridad, que ponía de manifiesto la honda desestimación que tenía de sí mismo. Esta conciencia de su condición de instrumento estaba tan lejos de la soberbia como de una falsa humildad, inconciliable con su recto entendimiento de la dignidad del hombre. Rechazaba esa falsa humildad que denominaba «humildad de garabato», ridícula caricatura de virtud. Por eso, solía repetir, llevado de su realista sentido teológico, que no concedía ningún crédito a una concepción de la humildad que la presentara como apocamiento humano o como una condena perpetua a la tristeza: *Si aceptamos nuestra reponsabilidad de hijos suyos, Dios nos quiere muy humanos. Que la cabeza toque el cielo, pero que las plantas pisen bien seguras en la tierra. El precio de vivir en cristiano no es dejar de ser hombres o abdicar del esfuerzo por adquirir esas virtudes...*²

Al leerlos estas palabras del Padre, no puedo menos de testimoniar el heroísmo con que ha practicado, hasta el último día de su paso por la tierra, esta exigencia de cultivar y crecer en las virtudes, consciente de que era sólo un instrumento. Me parece escuchar su voz que, con convencida persuasión, repetía tantas veces lo mismo: *No tengo nada, no valgo nada, no puedo nada, no sé nada, no soy nada: ¡nada!*: todo lo confiaba a Dios, amado como un Padre buenísimo. Pero tam-

poco olvidaba el deber, que a todos nos incumbe, de prepararnos para ser mejores instrumentos en las manos de este Dios nuestro amabilísimo, que se ha dignado escogernos como cooperadores libres de su obra redentora.

Instrumento de Dios, sólo instrumento de Dios: merece la pena resaltar este convencimiento del Padre, cuando hablamos de su humildad, porque el recuerdo de la enseñanza paulina sobre este punto ha estado siempre presente en su predicación: *Dios ha escogido a los flacos del mundo para confundir a los fuertes; y a las cosas viles y despreciables del mundo y a aquellas que no eran nada, para destruir a las que son al parecer más grandes, a fin de que ningún mortal se jacte ante su acatamiento* (I Cor I, 27 y 28). Luego, *hijas e hijos míos, cuando os parezca que habéis trabajado mucho en servicio del Señor, repetid las palabras que El mismo nos ha enseñado: servi inutiles sumus: quod debuimus facere, fecimus* (Lc XVII, 10): *somos siervos inútiles: no hemos hecho más que lo que teníamos obligación de hacer.*

Ante el espectáculo lamentable de la crisis de obediencia que ofrecían no pocos católicos, apenas hace tres años volvía a insistir: *Especialmente en las cosas de Dios, cuando se tiene clara conciencia de estar trabajando en una empresa sobrenatural, resulta espontáneo —natural y nada humillante—, sentirse un instrumento y poner todo el empeño en seguir las mociones divinas, evitando hacer la propia voluntad. Como escribía en los primeros años, somos lo que el pincel en manos del artista.*

Poner todo el empeño en seguir las mociones divinas —acabo de leer—, y en ese esfuerzo generoso han coincidido durante más de diez lustros la humildad y el amor de nuestro Padre: *a la vuelta de cincuenta años* —nos decía en la víspera de ese aniversario de su ordenación sacerdotal el 27 de marzo de 1975— *estoy como un niño que balbucea. Estoy comenzando y recomenzando, en cada jornada. Y así, hasta el final de los días que me queden: siempre recomenzando. El Señor lo quiere, para que no haya motivo de soberbia en ninguno de nosotros, ni de necia vanidad. Hemos de estar pendientes de El, de sus labios: con el oído atento, con la voluntad tensa, dispuestos a seguir las divinas inspiraciones.*

² Virtudes humanas (Homilía pronunciada el 6-IX-1941), 3.ª edición, Madrid, 1974, p. 21.

Verdaderamente, amor y humildad eran dos constantes en la vida santa de nuestro Padre, que infundían a su oración y a su acción apostólica una audacia **filial**. La consecuencia práctica era ese continuo comenzar y recomenzar en la vida interior. Una vida, pues, que recorre como itinerario el del hijo pródigo, siempre volviendo y volviendo —con rendida confianza— a la misericordia de Dios Padre. Es así como el instrumento dará toda la gloria a Dios: **Deo omnis gloria!** ¡Toda la gloria para Dios! repetía siempre. He aquí el magnífico horizonte que se abre al instrumento que se sabe nada y para quien Dios lo será todo.

¿No os habéis fijado en las familias, cuando conservan una pieza decorativa de valor y frágil —un jarrón, por ejemplo—, cómo lo cuidan para que no se rompa? Hasta que un día el niño, jugando, lo tira al suelo, y aquel recuerdo precioso se quiebra en varios pedazos. El disgusto es grande, pero en seguida viene el arreglo; se recompone, se pega cuidadosamente y, restaurado, al final queda tan hermoso como antes.

Pero, cuando el objeto es de loza o simplemente de barro cocido, de ordinario bastan unas lañas, esos alambres de hierro o de otro metal, que mantienen unidos los trozos. Y el cacharro, así reparado, adquiere un original encanto.

Llevemos esto a la vida interior. Ante nuestras miserias y nuestros pecados, ante nuestros errores —aunque, por la gracia divina, sean de poca monta—, vayamos a la oración y digamos a nuestro Padre: ¡Señor, en mi pobreza, en mi fragilidad, en este barro mío de vasija rota, Señor, colócame unas lañas y —con mi dolor y con tu perdón— seré más fuerte y más gracioso que antes! Una oración consoladora, para que la repitamos cuando se destroce este pobre barro nuestro.

Que no nos llame la atención si somos delezna- bles, que no nos choque comprobar que nuestra conducta se quebranta por menos de nada; confiad en el Señor, que siempre tiene preparado el auxilio: El Señor es mi luz y mi salvación, ¿a quién temeré? (Ps XXVI, 1) ³.

A la vista de este convencimiento, hecho carne de su carne, qué bien se entiende aquella ense-

ñanza suya, de que la debilidad humana ni debe asustarnos, ni supone jamás un obstáculo para la santidad. Al contrario, determina el punto de partida para salir al encuentro de Dios. *Conven- ceos, hijos míos: ¡aquí —en esta vida— todo tie- ne arreglo!*, solía inculcar como idea maestra, para enraizar nuestra flaqueza en la más firme esperan- za. Ese **arreglo** que en esta vida tiene todo es, para el Padre, el perdón que Dios nos ofrece siem- pre en el Sacramento de la Penitencia. Por esto se comprende muy bien —a la luz de esta convic- ción profunda de su nada y de su confianza total en Dios— que una pieza clave de toda su vida sacerdotal haya sido acercar las almas al Sacra- mento de la Penitencia y educarlas en la más plena sinceridad. **Aquí todo tiene arreglo**; es como decir que el **único y verdadero desarreglo** es el pecado y para esta rotura —que las fuerzas hu- manas no pueden reparar— la misericordia de Dios ha ofrecido remedio.

Conmueve recordar también las palabras de una meditación que nos dirigía a sus hijos: *vosotros me ayudaréis a dar gracias al Señor y a pedirle que, por grandes que sean mis flaquezas y mis mi- serias, no se enfrie nunca la confianza y el amor que le tengo, el trato fácil con el Padre y con el Hijo y con el Espíritu Santo. Que se me note —sin singularidades, no sólo por fuera sino tam- bién por dentro—, y que no pierda esa claridad, esa convicción de que soy un pobre hombre: pauper servus et humilis! Lo he sido siempre: desde el primer hasta el último instante de mi vida, necesitaré de la misericordia de Dios.*

Otras veces exclamaba en la intimidad de su oración, o se escapaba de su boca, al final del día, cuando repasaba ante el Señor su jornada de amor y de trabajo: *Señor: ¡Josemaría no está contento de Josemaría!* Su amor inmenso siempre le exigía más: *en este camino del Amor que es la vida nuestra, todo lo hacemos por Amor, con un Amor que no debilitan nuestros errores personales. Por El, con El, para El y para las almas vivo yo. De su Amor y para su Amor vivo yo, a pesar de mis miserias personales. Y a pesar de esas miserias, quizás por ellas, es mi Amor un amor que cada día se renueva.*

³ Humildad (Homilía pronunciada el 6-IV-1965), 3.ª ed., Ma- drid, 1974, p. 6.

Su entrega sin condiciones

Os decía antes que dos convicciones profundísimas se dan en el Padre, que encuadran su vida y delinean su perfil humano y sobrenatural. A su humildad llena de amor me acabo de referir, comentando esas palabras que aplicaba a su persona: *soy un pecador que ama a Jesucristo*. Ahora me detendré en lo que definiría como otra constante de su personalidad: el profundo sentido de su vocación, que ha conferido a toda su existencia el carácter de entrega plena y total al amor y al querer de Dios.

Soy un sacerdote que no habla más que de Dios. Esta norma de conducta del Fundador del Opus Dei, que en otra ocasión recogí al prologar un libro del Padre, estimo que refleja adecuadamente su dedicación sin restricciones: la plenitud de una correspondencia que no ha admitido vacilación en la firmeza, ni disminución en la generosidad; la riqueza de una entrega que fue, siempre y en todo, absoluta, sin condiciones.

Ni un solo instante dudó el Padre de su vocación, y siempre enseñó a sus hijos a considerar como un tesoro esa personal llamada de Dios. Siguió con la más completa adhesión la voluntad divina desde el primer instante en que fue consciente del querer de Dios. *Yo* —nos recordaba pocos meses antes de su marcha al Cielo, abriéndonos su corazón con humildad— *tengo que agradecer a Dios no haber dudado nunca de mi vocación, ni de la divinidad de mi vocación... Ninguno de nosotros tiene el derecho, pase lo que pase, a dudar de su llamada divina: hay una luz de Dios, hay una fuerza interior dada gratuitamente por el Señor, que quiere que junto a su Omnipotencia, vaya nuestra flaqueza; junto a su luz, la tiniebla de nuestra pobre naturaleza*.

Años atrás, nos había manifestado también la entereza de esa convicción, que sostenía reciamente e informaba de modo total su entrega: *no puedo dejar de levantar el alma agradecida al Señor de quien procede toda paternidad, toda familia, en los cielos y en la tierra* (Ephes III, 15 y 16), *por haberme dado esta paternidad espiritual que, con su gracia, he asumido con toda la plena conciencia de estar sobre la tierra sólo para*

realizarla. Por eso, os quiero con corazón de padre y de madre.

De esta firmísima persuasión, brotaba la fidelidad a una continua e infatigable dedicación a la labor apostólica. «Hablar de Dios, acercar los hombres al Señor, así lo he visto desde que le conocí en 1935»: esto comentaba yo al presentar la primera edición de Homilias del Padre, y, de nuevo, un grato deber filial me impulsa ahora a insistir sobre su preocupación constante por cumplir fidelísimamente el querer de Dios.

Con muchísima frecuencia, cuando el Padre era más joven, le he oído decir que sus hijas y sus hijos debíamos descansar. Se ocupaba de los demás, y no concedía ni la más mínima atención a su persona. A la acción constante de apostolado unía el pensamiento permanente sobre lo que el Señor le pedía, buscando cauces concretos y modos determinados para ejecutar con exactitud, amorosamente, la Voluntad de Dios. Y tanta intensidad ponía en esta actividad exterior e interior, que con un gesto casi habitual se cogía la cabeza entre las manos, y exclamaba: *me parece como si me fuera a estallar*. Le sugeríamos que era indispensable para todos una pausa en la labor —con una actividad menos exigente—, pero nuestro Padre respondía: *lo haré cuando me digan requiescat in pace*. Después, pasados los años, se refería a aquella reacción suya como a una imprudencia juvenil que sus hijos no debíamos imitar. Pero, de hecho, su pensamiento estaba siempre —entonces como antes— puesto en llevar a cabo la voluntad de Dios, y su reposo consistía en hacer vida suya lo que decía a Dios con esta jaculatoria: *¡Señor, descanso en ti!*

II. La fundación del Opus Dei

Cumplir la voluntad de Dios. Sólo desde ese punto de mira sobrenatural se entiende el Opus Dei y la vida de su santo Fundador, porque verdaderamente la biografía de Monseñor Escrivá de Balaguer y la historia de la Obra, durante los cuarenta y siete años de su etapa fundacional, constituyen una unidad inseparable.

A quienes estábamos a su lado en los primeros años, para explicar el espíritu sobrenatural que anima la Asociación, nos repetía, con palabras que deseaba quedaran grabadas a fuego en nuestras almas: *la Obra de Dios viene a cumplir la Voluntad de Dios. Por tanto, tened una profunda convicción de que el Cielo está empeñado en que se realice.*

Firmemente persuadido estaba el Padre de esa realidad, y firmemente persuadidos estábamos también nosotros de la veracidad de su trascendental afirmación, que tenía como garantía —además de la personal seguridad de ese impulso divino que nos movía a la entrega— la certeza de la heroica rectitud de intención del Padre.

Utilizando en buena parte sus comentarios —que le he escuchado en diversas ocasiones, aunque yo los presentaré como hilvanados en un único relato— trataré de explicar los grandes rasgos de ese proceso sobrenatural que, en el arcano de sus designios divinos, comenzó Nuestro Señor en el alma del Padre cuando era muy joven, y que culmina en aquel 2 de octubre de 1928.

Los barruntos del querer de Dios

Jamás había pasado al Padre por la cabeza fundar nada, abrir un camino entre los hombres para que llegaran a Dios. Luego, al cabo de los años, el Señor le mostrará cómo le había llevado siempre de la mano.

Me hizo nacer —son palabras suyas— en un hogar cristiano como suelen ser los de mi país, de padres ejemplares que practicaban y vivían su fe, dejándome en una libertad muy grande desde chico, vigilándome al mismo tiempo con atención. Trataban de darme una formación cristiana... Todo normal, todo corriente, y transcurrían los años. Yo nunca pensé en hacerme sacerdote, nunca pensé en dedicarme a Dios. No se me había planteado el problema, porque veía que eso no era para mí. Más aún: me molestaba el pensamiento de poder llegar al sacerdocio algún día. Amaba mucho a los sacerdotes, porque la educación que recibí en mi casa era profundamente religiosa; me habían enseñado a respetar y a venerar el sacerdocio, pero esa vocación no era para mí; estaba con-

vencido de que era para otros. Pero el Señor iba disponiendo el terreno, me iba dando una gracia tras otra, pasando por alto mis defectos, mis errores de niño, mis errores de adolescente.

Poco tiempo después vinieron las primeras manifestaciones del Señor: *aquel barruntar que quería algo de mí. El Señor me fue preparando a pesar mío, con sucesos aparentemente inocentes, de los que se valía para despertar en mi alma una sed insaciable de Dios. Acuden a mi pensamiento tantas manifestaciones del amor de Dios, en aquella época de mi adolescencia, cuando barruntaba que el Señor esperaba algo de mí, algo que yo no sabía lo que era. Sucesos y detalles ordinarios —como os decía, aparentemente inocentes—, de los que El se servía para meter en mi alma una inquietud divina. Por eso he entendido muy bien aquel amor, tan humano y tan divino, de Teresa del Niño Jesús, que se conmueve cuando entre las páginas de un libro asoma una estampa con la mano herida del Redentor. También a mí me han sucedido cosas de ese estilo, que me removieron y me llevaron a la Comunión diaria, a la purificación, a la confesión y a la penitencia.*

Tenía yo catorce o quince años cuando comencé a barruntar el Amor, a descubrir que el corazón me pedía algo grande y que fuese Amor. Entendí con claridad que Dios quería algo, pero —insisto— no sabía qué era. Por eso hablé con mi padre, diciéndole que había decidido ser sacerdote. Fue la única vez que yo he visto lágrimas en sus ojos. Me respondió: *mira, hijo, ese programa es un ideal muy serio, que exige heroicidad y renuncia, la determinación de buscar la santidad y —piénsalo—, si no vas a ser un sacerdote santo ¿por qué quieres serlo? Pero no me opondré a lo que desees. Y me presentó a un amigo suyo sacerdote, para que me orientara.*

Aquello no era lo que Dios me pedía, y yo me daba cuenta: no buscaba ser sacerdote por ser sacerdote. ¿Por qué me lancé por ese camino?, narraba en cierta ocasión, porque creí que era más fácil cumplir una voluntad de Dios que no conocía... la barruntaba, pero no sabía lo que era, y no lo supe hasta 1928. Y yo, medio ciego, siempre esperando el porqué: ¿por qué me hago sacerdote? El Señor quiere algo, ¿qué es? Y co-

giendo las palabras del ciego de Jericó, repetía: **Domine, ut videam! Ut sit! Ut sit!** *Que sea eso que Tú quieres y que yo ignoro. Yo no sabía lo que Dios quería de mí, pero era —evidentemente— una elección. Ya vendría lo que fuera... De paso me daba cuenta de que yo no servía para nada, y hacía esa letanía que no es de falsa humildad, sino de conocimiento propio: no valgo nada, no tengo nada, no puedo nada, no soy nada, no sé nada.*

A propósito de esas jaculatorias —**Domine, ut sit! Domine, ut videam!**—, recuerdo perfectamente una anécdota —tan inocente y tan de Dios como las que ocurrían en aquellos años de los barruntos divinos—, en la que el Padre fue protagonista involuntario. Muchos años después de la Fundación de la Obra, estando ya en Roma, le llevaron allí una imagen de la Virgen del Pilar que nuestro Fundador había comprado en Zaragoza. No se acordaba de que era suya, pero le mostraron la imagen y debajo, en la base, grabado en el yeso, de su mano, había escrito con un clavo: **Domina, ut sit!** No faltaba el signo de admiración, que solía añadir siempre en las jaculatorias que escribía. A continuación, una fecha: 24-IX-1924.

En 1974, en una de aquellas tertulias durante sus correrías apostólicas por América, esta escena, ocurrida en Roma tiempo atrás, vino a su recuerdo —siempre la recordaba con alegría—; y otra vez el Padre la comentó, porque era como una prueba material de que no le traicionaba su imaginación; una prueba de que su oración había sido efectivamente constante e indefectible desde muchos años antes de la Fundación del Opus Dei, y nos confiaba: *muchas veces, hijos míos, el Señor me humilla. Mientras a menudo me da claridad abundante, en otros momentos me la quita, para que no tenga ninguna seguridad en mí. Entonces viene, y me ofrece una dedada de miel. Yo os había hablado de esos barruntos con relativa frecuencia, aunque en ocasiones pensaba: Josemaría, ¿no serás un engañador, un mentiroso? Porque tu oración ha sido bien corta... Aquella imagen era la materialización de mi oración de años, de lo que os había contado tantas veces.*

También nos consta que, en ocasiones, los barruntos del Padre se expresaban con esa exclama-

ción del Maestro a que ya me he referido: **ignem veni mittere in terram, et quid volo nisi ut accendatur!** Era tan fuerte la emoción divina que la voz no bastaba, el alma rompía a cantar, y como respuesta al grito de Cristo, el Padre hacía suya aquella contestación del Profeta, cuando se sentía llamado por Dios: **ecce ego, quia vocasti me!**

Urgido por esa Voluntad divina, el Padre comenzó sus estudios sacerdotales, que realizó en la Universidad Pontificia de Zaragoza.

Ya con anterioridad, el Señor permitió que surgieran muchas dificultades, penas y contradicciones en el hogar de sus padres, afrontadas y aceptadas todas con ejemplaridad cristiana. Aquellos sufrimientos, al contemplar la aflicción en las personas queridas, caían con la intensa fuerza del dolor en el alma del Padre, que no rechazaba la prueba, aunque deseaba que pasase; se encaraba filialmente con Dios, diciéndole: *¡Señor, yo no soy un instrumento apto: y, para que lo sea, siempre haces sufrir a las personas que más quiero: das un golpe en el clavo —¡perdóname, Dios mío!— y cien en la herradura!*

Mientras profería esa queja filial, y siempre a lo largo de su vida, contemplaba la mano de Dios detrás de cada suceso. Esta visión sobrenatural le llevaba a alzar su corazón en una continua acción de gracias al Señor, precisamente por esa labor previa con la que iba disponiendo su alma: *Dios nuestro Señor, de aquella pobre criatura que no se dejaba trabajar, quería hacer la primera piedra de esta nueva arca de la alianza, a la que vendrían gentes de muchos rincones, de muchas razas, de todas las lenguas. Era preciso triturarme, como se machaca el trigo para preparar la harina y poder elaborar el pan; por eso el Señor me zarandeaba en lo que más quería... ¡Gracias, Señor! Eran hachazos que Dios Nuestro Señor daba, para sacar —de ese árbol— la viga que iba a servir, a pesar de su propia debilidad, para hacer su Obra. Yo, casi sin caer en la cuenta, repetía: **Domine, ut videam! Domine, ut sit!** No sabía lo que era pero seguía adelante, adelante, con mi pobre correspondencia a la bondad de Dios, esperando lo que más tarde habría de recibir: una colección de gracias, una detrás de otra, que no acertaba a calificar y que llamaba operativas, por-*

que de tal manera dominaban mi voluntad que casi no tenía que hacer esfuerzo. Adelante, sin cosas raras, trabajando sólo con mediana intensidad... Fueron los años de Zaragoza.

Permaneció el Padre en esa ciudad mientras realizaba sus estudios sacerdotales. Fue avanzando el tiempo —tiempo de oración, de mortificación, de trabajo—, hasta que recibió las órdenes mayores. Durante esa época ocupó un cargo de Superior del Seminario. El presbiterado tuvo lugar en la iglesia del Seminario de San Carlos, el 28 de marzo de 1925. Desde ese día, el Padre comenzó a renovar **in persona Christi** el Sacrificio del Calvario. Su corazón seguía alerta ante la llamada de Dios, ante los barruntos que aún no se habían aclarado del todo. Posteriormente, tras ejercer su ministerio en la Archidiócesis de Zaragoza, se trasladó a Madrid con su familia.

Las campanas de Nuestra Señora de los Angeles

En esta ciudad, en 1928, después de once años de esperar ardentemente la manifestación concreta del querer de Dios —repito: años de estudio, de oración y de mucho sufrimiento—, el Padre vio con claridad lo que Nuestro Señor le pedía. Era el día 2 de octubre, festividad de los Santos Angeles Custodios. En aquella mañana vino al mundo el Opus Dei. Sonaban a voleo las campanas de la cercana parroquia de Nuestra Señora de los Angeles, con motivo de la fiesta de su Patrona. Y el Padre, mientras subía al Cielo el repique gozoso de esas campanas —*nunca han dejado de sonar en mis oídos*, le he escuchado decir frecuentísimamente—, recibió en su corazón y en su alma la buena semilla: el Divino Sembrador, Jesús, la había por fin echado de modo claro y contundente. Entendió que el trabajo ordinario, dentro de las tareas del mundo, era camino para encontrarse los hombres con Dios. Desde el 2 de octubre de 1928, el Padre tuvo sus buenas razones para mantener la firmísima convicción de que el Opus Dei era del Señor: que nace y se desarrolla de modo divino. No obstante, mejor aún, precisamente por esa fe —para purificar todavía más la intención— en dos ocasiones: una, haciendo un retiro espiritual, y otra, en La Granja,

cerca de Segovia, nuestro Fundador elevó a Dios esta oración: *si la Obra no es para servirte, ¡destrúyela!* Y sabemos que, en las dos ocasiones, el Señor correspondió generosamente a la oración del Padre, inundando su corazón de una profunda paz.

Muy grabado había quedado en su alma aquel lema que ha informado su vida entera: *ocultarse y desaparecer*. Por eso, al contemplar por fin lo que el Señor quería, no escatimó esfuerzo para no aparecer como fundador. Recordando aquellos momentos de la Fundación, y los primeros años de la labor, ha escrito el Padre: *el Señor me ha tratado como a un niño: si, cuando recibí mi misión, hubiera llegado a darme cuenta de lo que me iba a venir encima, me hubiera muerto. No me interesaba ser fundador de nada. Por lo que a mi persona y a mi trabajo se refería, siempre he sido enemigo de nuevas fundaciones. Porque todas las antiguas fundaciones, lo mismo que las de los siglos inmediatos, me parecían actuales. Ciertamente nuestra Obra —la Obra de Dios— surgía para hacer que renaciera una nueva y vieja espiritualidad de almas contemplativas, en medio de todos los quehaceres temporales, santificando todas las tareas ordinarias de esta tierra: poniendo a Jesucristo en la cumbre de todas las realidades honestas en las que los hombres están comprometidos, y amando este mundo, que huía del Creador.*

El Señor, que juega con las almas como un padre con sus niños pequeños —ludens coram eo omni tempore, ludens in orbe terrarum (Prov. VIII, 30); jugando en todo tiempo, jugando por el orbe de la tierra—, viendo en los comienzos mi resistencia, y aquel trabajo mío entusiasta y débil a la vez, permitió que tuviera la aparente humildad de pensar —sin ningún fundamento— que podía haber en el mundo instituciones que no se diferenciaban de lo que Dios me había pedido. Era una cobardía poco razonable, la cobardía de la comodidad, y simultáneamente una confirmación de que no me interesaba, hijos míos, ser fundador de nada. Con esa repugnancia a ser fundador, a pesar de contar con abundantes motivos de certeza para fundar la Obra, me resistí cuanto pude: sírvame de excusa, ante Dios Nuestro Señor, el hecho real de que, desde el 2 de octubre de 1928, en medio de esa

lucha mía interna, he trabajado por cumplir la Santa Voluntad de Dios, iniciando la labor apostólica del Opus Dei. Han pasado unos años, y veo ahora que quizá dejó el Señor que padeciera entonces esa completa repugnancia, para que tenga siempre una prueba externa más de que todo es suyo y nada mío.

El trabajo de los comienzos

Aunque no le gustaba ser fundador, porque le parecía más eficaz para su alma ser soldado de filas que promover nuevas fundaciones, decidió ante todo cumplir la Voluntad de Dios. Empezó a realizar lo que el Señor le había indicado, al tiempo que buscaba asociaciones en las que se viviera «eso» que el Señor quería, para ofrecerse a Dios en una de esas instituciones. Nuestro Señor, con caricias de Padre y con exigencias también de Padre, le iba demostrando que resultaba inútil esa búsqueda. La empresa sobrenatural que le había confiado no coincidía con ninguna labor de las ya existentes: o se presentaban como comunes asociaciones de fieles, en las que el fin primordial no era, ni de lejos, el que había marcado Dios a nuestro Fundador; o el espíritu, la mentalidad y la forma de actuar se asemejaban a la vida de los religiosos; o eran, finalmente, sociedades secretas; y ninguna se proponía la santificación y el apostolado por medio del trabajo profesional.

El Padre comenzó el trabajo apostólico de la Obra con una intensidad, con una fe y con una carencia de medios tan grande, que verdaderamente se puede asegurar que el Opus Dei se fue haciendo al paso de su oración intensa y de su mortificación continua, y sólo se explica su existencia y expansión como fruto de un querer divino. Con este convencimiento nos lo explicaba el Padre: *desde ese momento —2 de octubre de 1928— no tuve ya tranquilidad alguna, y empecé a trabajar, de mala gana, porque me resistía a meterme a fundar nada; pero comencé a moverme, a hacer: a poner los fundamentos.*

Me dediqué a trabajar, y no resultaba fácil: se escapaban las almas como se escapan las anguilas en el agua. Además había la incomprensión más brutal: porque lo que hoy ya es doctrina corriente

en el mundo, entonces no lo era. Y si alguno afirma lo contrario, desconoce la verdad.

Tenía yo veintiséis años, la gracia de Dios y buen humor: nada más. Pero así como los hombres escribimos con la pluma, el Señor escribe con la pata de la mesa, para que se vea que es El el que escribe: eso es lo increíble, eso es lo maravilloso. Había que crear toda la doctrina teológica y ascética, y toda la doctrina jurídica. No había nada. Me encontré con una solución de continuidad de siglos. La Obra entera, a los ojos humanos, era un disparatón. Por eso, algunos decían que yo estaba loco y que era un hereje, y tantas cosas más.

El Señor dispuso además los acontecimientos para que yo no contara ni con un céntimo, de modo que también así se viera que era El.

Para vencer todas estas dificultades, el Padre acudía, en primer término, a los recursos sobrenaturales: a la intercesión de Nuestra Madre, a San José, a los Santos Angeles Custodios, al tesoro de la oración de los niños y de los enfermos. Y con esa preparación, se lanzaba a un trabajo sacerdotal intenso, sin concederse descanso, porque el fuego de Dios le consumía.

¿Qué medios puse yo? Fui a buscar fortaleza en los barrios más pobres de Madrid. Horas y horas por todos los lados, todos los días, a pie de una parte a otra, entre pobres vergonzantes y pobres miserables, que no tenían nada de nada; entre niños abandonados, sucios, pero niños, que quiere decir almas agradables a Dios. Fueron muchas horas en aquella labor; ahora sólo siento que no hayan sido más. Y en los hospitales, y en las casas donde había enfermos, si es que se puede llamar casas a aquellos tugurios...; eran gente desamparada y enferma: algunos con una enfermedad que entonces era incurable, la tuberculosis.

De modo que fui a buscar los medios para hacer la Obra de Dios a todos esos sitios. Mientras tanto, trabajaba y formaba a los primeros que tenía alrededor.

Fueron años intensos, en los que el Opus Dei crecía para adentro sin darnos cuenta... La fortaleza humana de la Obra han sido los enfermos de los hospitales de Madrid; y también los más miserables, los que vivían en sus chabolas, perdida

hasta la última esperanza humana; los más ignorantes de aquellas barriadas extremas. Estas son las ambiciones del Opus Dei, los medios humanos que pusimos: enfermos miserables, pobres abandonados, niños sin familia, y sin cultura, hogares sin fuego y sin calor y sin amor. Y formar a los primeros que venían, hablándoles con una seguridad completa de que todo se haría, como si ya estuviera hecho.

Luego Dios nos llevó por los caminos de nuestra vida interior. ¿Qué puede hacer una criatura que debe cumplir una misión, si no tiene medios, ni edad, ni ciencia, ni virtudes, ni nada? Ir a su madre y a su padre, acudir a los que pueden algo, pedir ayuda a los amigos. Eso hice yo en la vida espiritual. Eso sí, a golpe de disciplina —de expiación, de penitencia—, llevando el compás. ¿Qué buscaba yo? Cor Mariae Dulcissimum, iter para tutum! Buscaba el poder de la Madre de Dios, como un hijo pequeño, yendo por caminos de infancia. Y acudía a San José, mi Padre y Señor...; y a la intercesión de los Santos...; y a la devoción a los Santos Angeles Custodios.

La expansión apostólica

El Opus Dei tuvo desde el comienzo entraña universal, católica: debía extenderse a lo largo y a lo ancho de la tierra y llegar a hombres de toda clase y condición, porque Dios lo quería para vivificar con espíritu cristiano todas las tareas y realidades humanas. Si con el trabajo apostólico, con la oración y con la mortificación de Monseñor Escrivá de Balaguer el Opus Dei creció para adentro en esos años inmediatos a la fundación, igualmente se puede afirmar que el Padre ha preparado toda su expansión apostólica.

Muchas veces le he oído hablar de la **prehistoria** de la labor en un determinado país. La **prehistoria** consistía en que, mucho antes de que se estableciera el primer Centro de la Obra en las distintas naciones, nuestro Padre, con muchísima anticipación —yo he sido testigo—, había fertilizado aquel terreno con rezos y mortificaciones; había cruzado ciudades, rogado en iglesias, tratado a la Jerarquía, visitado tantos sagrarios y santuarios marianos, para que, al cabo del tiempo, sus hijas e hijos encon-

traran roturado el terreno en aquel **nuevo país**. Roturado y sembrado, porque como solía decir, había lanzado a manos llenas por tantas y tantas carreteras y caminos de esa nación la semilla de sus avemarías, de sus cantos de amor humano que convertía en oración, de sus jaculatorias, de su penitencia alegre y confiada.

He pasado cuarenta años junto al Padre. Por la misericordia de Dios he sido testigo de esas **magnalia Dei**, de esas maravillas de Dios que se manifestaban en su persona y en su vida; y os aseguro que el Padre ha llevado adelante la Obra siempre de este modo: con su oración, con su mortificación, con una prudencia de gobierno llena de fe, de realismo y de afán apostólico.

Nuestro Fundador ha podido así transmitirnos su espíritu —*no dibujado, sino esculpido*—, nos ha dejado tan andadero el camino, tan claras las señales indicadoras, con senderos tan seguros, que ya no cabe extravío. *Con lo que hemos hecho* —nos confirmaba— *con la gracia del Señor y de su Madre, con la providencia de Nuestro Padre y Señor San José, con la ayuda de los Angeles Custodios, ya no podéis equivocaros*. Tendremos miserias personales, porque frágiles criaturas somos, pero el camino es muy claro.

Dios ha permitido que junto a esta claridad del espíritu bien perfilado, el Padre pudiera también contemplar la universal expansión de la Obra por los cinco Continentes. El Señor le ha concedido la gracia de ver a millares de hijas e hijos, de todas las razas, de todas las naciones, trabajar en una bendita unidad para servir a Jesucristo y a su Iglesia, para hacer el Opus Dei por todos los lugares de la tierra.

Con su decisión de responder como instrumento fiel en las manos de Dios, ha hecho posible el Padre este crecimiento de la Obra. Porque si la unión con Dios es fuente de toda eficacia apostólica, estoy convencido de que nuestro Padre había alcanzado de modo patente una perfecta unidad de vida en esta tierra, no interrumpiendo jamás esa unión suya con el Señor: escuchaba atentamente en su corazón las divinas inspiraciones, que nos entregaba con fidelidad, confirmándonos en la fe, dirigiendo nuestros pasos, alimentando nuestra vida interior.

Al releer en estos días palabras tuyas, comprenderé que me haya removido por dentro, mientras saboreaba lo que escribía el Padre en 1940:

En estos años del comienzo, me lleno de profunda gratitud hacia Dios. Y al mismo tiempo pienso, hijos míos, en lo mucho que nos queda por recorrer hasta sembrar en todas las naciones, por toda la tierra, en todos los órdenes de la actividad humana, esta semilla católica y universal que ha venido a esparcir el Opus Dei.

Por eso, sigo apoyándome en la oración, en la mortificación, en el trabajo profesional y en la alegría de todos, mientras renuevo constantemente mi confianza en el Señor: universi, qui sustinent te non confundentur (Ps XXIV, 3); ninguno de los que ponen en Dios su esperanza será confundido.

La Obra está saliendo adelante a base de oración: de mi oración —y de mis miserias—, que a los ojos de Dios fuerza lo que exige el cumplimiento de su voluntad; y de la oración de tantas almas —sacerdotes y seglares, jóvenes y viejos, sanos y enfermos—, a quienes yo recurro, seguro de que el Señor les escucha, para que recen por una determinada intención que, al principio, sólo sabía yo. Y, con la oración, la mortificación y el trabajo de los que vienen junto a mí: éstas han sido nuestras únicas y grandes armas para la lucha.

Así va —así irá— la Obra haciéndose, creciendo, en todos los ambientes: en los hospitales y en la Universidad; en las catequesis de los barrios más necesitados; en los hogares y en los lugares de reunión de los hombres; entre los pobres, los ricos y las gentes de la más diversa condición, para que a todos llegue el mensaje que Dios nos ha confiado.

Alegría en medio de la contradicción

Hoy tiene la Obra fragancia de campo cuajado, y —ante la fecundidad de la labor— no se necesita fe, para darnos cuenta de que el Señor ha bendecido a manos llenas aquella semilla encendida en amor, que un día arrojara en el corazón del Padre cuando apenas era adolescente. Pero sería injusto con su memoria si yo no reseñara también aquí que la Obra ha crecido en medio de contrariedades que la divina Providencia no evita, para que el enemigo

de las almas sea humillado y se engrandezca la gloria de Dios. Se cumplía —en la vida de la Obra— la predicción que Jesucristo hizo a los que le seguirían a través de los siglos: **no es el siervo mayor que su Señor. Si me han perseguido a mí también os han de perseguir a vosotros** (Ioann 15, 20). En 1943, en el decreto de erección diocesana, el obispo de Madrid escribía: «A esta piadosa institución ya desde el comienzo le asistió el favor divino, que se manifestó principalmente tanto en el número y calidad de los jóvenes —florecientes por su integridad e inteligencia— que a Ella acudían, como por los frutos abundantes que ha recogido en todas partes, así como también por el signo de la contradicción, que siempre ha sido el sello de las obras de Dios.»

Más crecía la Obra —ha escrito el Padre—, y más arreciaba la contradicción, que el Señor permitía. He conocido, y amado, el rigor de la más absoluta pobreza de medios; pude saborear, una vez más, la amargura del enredo de los hombres y la frialdad de algunos corazones. Pero me consolaba el Señor, con vuestra fidelidad al servicio de su Iglesia, purificado de todo interés personal.

Siempre mantuvo el Padre su buen humor. Los que estábamos a su alrededor en aquellos momentos, no le vimos nunca triste. Por el contrario, se mostraba siempre alegre y optimista. El origen de aquella serenidad era el hondo sentimiento de la filiación divina, que Dios quiso poner como fundamento del espíritu del Opus Dei. *Tú has hecho, Señor —decía en su oración—, que yo entendiera que tener la Cruz es encontrar la felicidad, la alegría. Y la razón —lo veo con más claridad que nunca— es ésta: tener la Cruz es identificarse con Cristo, es ser Cristo y, por eso, ser hijo de Dios.*

La reacción del Padre en esos momentos, y siempre, fue la de perdonar y acudir con más confianza a Dios: **ad Te, Domine, levavi animam meam** (Ps XXIV, 1); *a Ti, Señor, he elevado mi alma: a lo largo de estos años, ésta ha sido nuestra oración, en el momento de las intrigas y de las calumnias incomprensibles, no pocas veces brutales. En medio de las lágrimas —porque a veces se llora, pero no importa— nunca nos faltaron la alegría y la paz, el gaudium cum pace.*

Efectivamente, ante su serenidad y alegría nadie hubiera imaginado las contradicciones que se abatían sobre la Obra y sobre su Fundador. El Padre, lleno de confianza y movido de heroica prudencia, callaba y rezaba: *la Obra se ha hecho* —comentará más tarde— *con la vida santa de vuestros primeros hermanos: con aquella sonrisa continua, con la oración, con el trabajo, con el silencio. Así se ha hecho el Opus Dei.*

En otra ocasión añadirá: *en mi tierra, pinchan la primera florada de bigos, que se llenan así de dulzura y sazonan antes. Dios Nuestro Señor, para hacernos más eficaces, nos ha bendecido con la Cruz.*

Quienes pasamos aquellos años junto a Monseñor Escrivá de Balaguer, le oímos explicar posteriormente a los más jóvenes la fecundidad de esa bendición de Dios. Hablaba con esa delicadeza —sobrenatural elegancia— de acudir a una metáfora, a una de esas enseñanzas gráficas que con tanta maestría utilizaba para dejar bien grabada en nuestras almas una idea: *¿sabéis por qué el Opus Dei se ha desarrollado tanto? Porque han hecho con la Obra como con un saco de trigo: le han dado golpes, lo han maltratado, pero la semilla es tan pequeña que no se ha roto; al contrario, se ha esparcido a los cuatro vientos, ha caído en todas las encrucijadas humanas donde hay corazones hambrientos de Verdad, bien dispuestos...*

Ha ocurrido lo que ocurre cuando se ponen obstáculos a la labor de Dios. Las aves del cielo y los insectos, en medio de los destrozos que ocasionan a las plantas con su voracidad, hacen una cosa fecunda: llevan la semilla lejos, pegada en sus patas. A donde quizá no hubiéramos llegado nosotros tan pronto, hizo el Señor que llegáramos así, con el sufrimiento de la difamación: la semilla no se pierde.

Su amor a la Iglesia y al Papa

Quedaría incompleto este intento mío de mostrar algunos rasgos del espíritu de Monseñor Escrivá de Balaguer y de su generosa correspondencia al querer de Dios en su tarea de Fundador del Opus Dei, si no hiciera una especial referencia a su constante, fidelísimo y apasionado amor a la

Iglesia y al Papa, a los Obispos en comunión con la Santa Sede, si no recogiera su abnegada obediencia y su amor heroico a la Esposa de Cristo. Y prefiero emplear sus propias palabras:

Me considero el último de los sacerdotes de la tierra, pero al mismo tiempo quisiera que nadie me ganara a amar y a servir a la Iglesia y al Papa, porque éste es el espíritu que he recibido de Dios, que trato con todas mis fuerzas de transmitir a cada uno de mis hijos en todo el mundo... La única ambición, el único deseo del Opus Dei y de cada uno de sus hijos es servir a la Iglesia, como Ella quiere ser servida, dentro de la específica vocación que el Señor nos ha dado.

En el Opus Dei, hijas e hijos queridísimos, procuramos siempre y en todas las cosas sentire cum Ecclesia, sentir con la Iglesia de Cristo, Madre nuestra: corporativamente no tenemos otra doctrina que la que enseña el Magisterio de la Santa Sede. Aceptamos todo lo que este Magisterio acepta, y rechazamos todo lo que rechaza. No queremos librarnos de las trabas —santas— de la disciplina común de los cristianos. Queremos por el contrario, ser con la gracia del Señor —que El me perdona esta aparente falta de humildad— los mejores hijos de la Iglesia y del Papa.

Nuestro espíritu reclama una estrecha unión con el Pontífice Romano, con el Cabeza visible de la Iglesia Universal. ¡Tengo tanta fe, tanta confianza en la Iglesia y en el Papa!

Ante el recuerdo de estas recomendaciones suyas, predicadas hace muchos años, me conmuevo y no puedo dejar de recordaros que ese amor apasionado y heroico por la Iglesia y por el Papa ha animado de manera permanente su existencia, creciendo cada día más. Amor que repetidamente le llevó a ofrecer al Señor su vida —y mil vidas que tuviera, subrayaba—, por la Esposa de Cristo y por el Romano Pontífice.

He presenciado como testigo directo el indecible sufrimiento que le causaba cualquier deslealtad con la Iglesia, doctrinal o disciplinar. El Padre sufría, y sufría: rezaba, trabajaba, se entregaba al apostolado, incluso más allá del límite de sus fuerzas. Su corazón se consumía y se volcaba en desagravio, en reparación generosa, en vigilancia y desvelo de doloroso amor, en oración porfiada, en atención so-

bre su *pusillus grex* y en dar doctrina a cuantos la quisieran escuchar, olvidándose en absoluto de sí mismo. No conocía tregua su trabajo, ni pausa su caminar, ni obstáculos su celo por las almas.

Estoy seguro de que Nuestro Señor ha aceptado este holocausto del Padre por la Iglesia. Tengo la convicción de que, desde el Cielo, intercederá poderosamente por todo el Pueblo de Dios y por sus Pastores para que, atentos al querer de Jesucristo, se hagan patentes la unidad en la fe y la unidad en la doctrina, de modo que haya verdaderamente un solo rebaño y un solo Pastor (cfr. Ioann X, 16).

Continuidad y fidelidad

Con el paso de Monseñor Escrivá de Balaguer al Cielo ha terminado la etapa fundacional del Opus Dei, para dar comienzo a la etapa de la continuidad, de la fidelidad más plena a toda la herencia espiritual que el Padre nos ha transmitido —por voluntad divina—, entregando por nosotros su misma vida: porque no podemos dudar de que se ha ido a gozar eternamente del Señor, en medio de este quehacer de servicio a Dios, a la Iglesia, al Papa.

¿Qué hará ahora el Opus Dei?, me preguntaron algunos, al publicarse el 15 de septiembre de 1975 mi elección como Presidente General. Y hube de contestar: seguir caminando, hacer lo que hemos hecho siempre, también desde que el Señor se llevó consigo a nuestro Fundador. Seguir caminando con el espíritu que nos ha dejado definitivamente establecido, inequívoco.

Permitidme que interrumpa por un momento el hilo de mi discurso para rogaros encarecidamente la ayuda vuestra. Me ha tocado suceder a un santo, y ser el comienzo de la etapa de la continuidad y de la fidelidad al espíritu del Fundador, vivida e impulsada actualmente también por quienes han gozado del don inmenso de conocerle, de escucharle, de tratarle, de sentirse hijos de sus desvelos concretos de buen pastor y de su cariño inmenso *de padre y de madre*, como nos decía.

Sé, con la más confiada seguridad, que la asistencia divina no me faltará nunca, pero yo debo corresponder, y por eso os pido la fortaleza de

vuestras oraciones. Encomendadme al Señor, para que, con su gracia, sea bueno y fiel. Si el Padre, siendo un santo, reclamaba continuamente oraciones, insistiendo en que rezáramos por él, figuraos la cantidad de oraciones que necesito yo, que de santo no tengo nada.

Necesito añadir también algo que siento muy hondamente: guardo en mi alma la profunda convicción de que ahora el Padre dirige y gobierna la Obra desde el Cielo. A su intercesión acudo de modo constante, para realizar fidelísimamente la misión de sucederle, que me ha correspondido. Un profundo convencimiento me llena de paz, al ver mi poquedad y al contemplar mi responsabilidad: el Padre sigue conduciendo la Obra desde el Cielo. Yo aquí no deseo ser más que el instrumento leal de su corazón vigilante.

III. La proyección de su figura en la Iglesia y en el mundo

Quisiera que estos trazos de la íntima historia del obrar de Dios en el alma del Padre que os acabo de exponer, sirvieran para cumplir mi deber filial de dar testimonio de su absoluta fidelidad al querer de Dios, que de ninguna manera puedo silenciar. Antes de hablaros de la proyección de su figura en la Iglesia y en el mundo, me permito insistir en dos puntos: en primer lugar la realidad que el Padre subrayaba antes que cualquier otra: *que en la fundación del Opus Dei, todo lo ha hecho Dios*. Al mismo tiempo, deseo señalar que la correspondencia generosa del Padre a la acción divina es virtud heroica, santidad personal. Sus hijos sabemos bien que sólo siguiendo ese camino, buscando humildemente la santidad, seremos fieles continuadores de la tarea divina que el Señor ha puesto en nuestras manos.

Evidentemente, en una consideración que pudiéramos llamar «histórica», la figura del Padre ha alcanzado ya una grandiosa proyección en la Iglesia y en el mundo —y la alcanzará en mayor medida con el paso del tiempo—, por la permanente fecundidad de su doctrina, por la hondura y extensión extraordinaria de su tarea apostólica

y por el testimonio luminoso y vivo de sus virtudes personales.

Estas verdades sólo se comprenden cuando se tiene en cuenta la acción de Dios, que mantiene siempre viva y operante la riqueza inextinguible del mensaje cristiano y, en cada momento, **Spiritus ubi vult spirat** (Ioann III, 8), suscita en su Iglesia realidades de gracia y santidad.

La acción vivificadora del Paráclito aparece palpable en el mensaje espiritual de Monseñor Escrivá de Balaguer. Después de un paréntesis de siglos—inexplicable, por ser muy prolongado— en el que esta doctrina sonaba a cosa nueva, Dios ha suscitado por medio del Padre un nuevo y viejo espíritu evangélico, para que todos los cristianos descubramos el valor santificante y santificador de la vida ordinaria —del trabajo profesional—, y la profunda eficacia de la doctrina propagada a través del ejemplo y de la amistad.

Muchos aspectos de esta gran aportación a la vida cristiana se han incorporado ya al patrimonio espiritual de nuestro tiempo. Verdaderamente, y así lo han reconocido eminentes protagonistas del Vaticano II, Monseñor Escrivá de Balaguer fue precursor en importantes aspectos doctrinales del último Concilio Ecuménico.

El reconocimiento de estos providenciales aciertos precursores no agota, ni mucho menos, el influjo y la trascendencia de la figura de Monseñor Escrivá de Balaguer en la vida de la Iglesia universal. Muy importante es que, desde esa Suprema Asamblea, se haya ratificado de modo solemne la doctrina que el Señor quiso suscitar en el mundo con el Opus Dei, actuada a través del Padre.

Pero la alegría de este reconocimiento, manifestado por tantos Padres que participaron en el Concilio, no ha supuesto la coronación de una tarea. Yo lo he entendido como la demostración práctica de esa continuidad de la iglesia en los siglos, que se verifica a través de la perennidad del Magisterio Solemne, que mantiene intacto, íntegro, con creciente manifestación de su riqueza, el Mensaje de salvación que nos trajo y consumió Jesucristo, Señor Nuestro.

Debería alargarme excesivamente, para analizar esa fidelidad del Padre, cuando sus pasos se consideraban prematuros, fuera del tiempo, excesiva-

mente anticipados. No me resulta posible, por la limitación que impone el desarrollo familiar de este acto académico. Pero sí necesito referirme a que el Padre ha sido un hombre, un sacerdote de fe heroicamente valiente: supo afirmar con vigor, y supo **decir que no** decididamente. Se adhirió lealmente a la verdad de Cristo, custodiada y explicada con autoridad por la sagrada Jerarquía, y la proclamó con espíritu de obediencia interna y externa, sin concederse descanso alguno; y se opuso —aun a costa de su honra— a cualquier concesión ante el error, sin querer hacerse cómplice de silencios que desorientan a las almas. Fue amigo de la bondad, de la comprensión, de la caridad; y no se dejó arrastrar por la **bondadosidad**, careta de las tristes condescendencias.

Quizá estemos todavía muy dentro del momento que vivimos, para contemplar con todo su relieve la trascendencia de esa voz y de esa conducta del Padre, en una época de fáciles conformismos. Pienso que se descubrirá, cada vez con mayor intensidad, este servicio imponente que el Padre ha prestado a las actuales y sucesivas generaciones, con una actualidad que nunca decaerá.

La vocación a la santidad

Esta es la idea central del mensaje de Monseñor Escrivá de Balaguer: que la santidad —la plenitud de la vida cristiana— es accesible para todo hombre, cualquiera que sea su estado y condición, y que la vida ordinaria, en todas sus situaciones, ofrece la ocasión para una entrega sin límites al amor de Dios, y para un ejercicio activo del apostolado en todos los ambientes.

Promovió el Señor el Opus Dei cuando escaseaba, incluso en países de vieja historia cristiana, la frecuencia de sacramentos por parte del pueblo; cuando vastos estratos del laicado parecían adormilados, como si se hubiera desvanecido su fe operativa. El Padre se gozaría en manifestar la acción de Dios al comentar: *la Obra, callada y modesta, pero palpitando de espíritu divino, fue instrumento del Señor: Dios quiso despertar a los hombres dormientes, utilizando sus mismas voces. Y estos hombres de la calle dirían a los demás —al compañero de trabajo, al hermano o a los hijos, al discípulo o al maestro—*

hora est iam nos de somno surgere (Rom XIII, 11): ya es tiempo de despertar: in novitate vitae ambulemus (Rom VI, 4): caminemos con una nueva vida.

Así se ha desarrollado toda la existencia del Padre: con un afán apostólico continuo que movía a todos, urgiéndoles con el querer de Jesús Señor Nuestro, a proclamar en millares de formas ese mensaje, *viejo como el Evangelio, y como el Evangelio nuevo*, como le gustaba repetir; porque nada más evangélico y, por tanto, más nuevo que hacer presente a la conciencia de todos la llamada a la santidad.

Con ardiente celo predicará esta doctrina, incansablemente, con un auténtico *don de lenguas*, que le permitirá exponerla de mil formas y, siempre, con atrayente diafanidad.

La santidad no es cosa de privilegiados, dirá. A todos llama Dios, para todos expresa una voluntad concreta de santidad y de corredención, en la que El tiene la iniciativa.

La santidad aparece como algo no reservado exclusivamente a sacerdotes y religiosos. El Señor quiere, para la generalidad de los hombres, que cada uno, en las circunstancias concretas de su propia condición en el mundo, procure ser santo: **haec est enim voluntas Dei, sanctificatio vestra** (I Thes IV, 3); ésta es la voluntad de Dios, vuestra santificación. La llamada de Dios no ha de ser necesariamente un requerimiento para apartarse del mundo —no te pido que los saques del mundo, sino que los preserves del mal (Ioann XVII, 13)—; para abandonar aquellas realidades temporales en las que una determinada criatura se encuentra inmersa. Esa llamada reclama, eso sí, estar presente de un modo nuevo, porque con esa luz de Dios las distintas ocupaciones temporales se convierten para el cristiano en medio de santificación y de apostolado. El Padre explicará: *a nosotros, hijos míos, el Señor nos pide sólo el silencio interior —acallar las voces del egoísmo del hombre viejo—, no el silencio del mundo: porque el mundo no puede ni debe callar para nosotros.*

Esta santidad que Dios reclama de los que no nos apartamos del mundo es plenitud de la vida cristiana. No es una santidad de segunda categoría, aunque muchas veces será santidad escondida —sin

brillo externo—, conseguida día a día con auténtico heroísmo. Desde 1928, el Padre comprendió con claridad que Dios desea que los cristianos tomen ejemplo del paso de Jesús por esta tierra, y muy especialmente de su trabajo corriente entre los hombres. El Señor ha dispuesto que muchas almas encuentren su camino en los años de vida callada y normal, porque esos años ocultos del Redentor no son algo sin significado, ni tampoco una simple preparación de los que vendrían después, hasta su muerte en la Cruz: los de su vida pública. Jesús, creciendo y actuando como uno de nosotros, nos revela que la existencia humana, el quehacer corriente y ordinario, adquiere un sentido divino.

Por eso el Padre insistirá en condenar la «locura de salirse de su sitio» y aconsejará, en cambio, a las almas que no tengan la vocación propia de los religiosos —a los que profundamente veneraba—, a procurar el encuentro con el Señor precisamente en el camino en el que Dios ha colocado a cada una: *tenemos que convertir en servicio de Dios nuestra vida entera: el trabajo y el descanso, el llanto y la sonrisa. En la besana, en el taller, en el estudio, en la actuación pública, debemos permanecer fieles al medio habitual de vida; convertirlo todo en instrumento de santificación y en ejemplo apostólico.* Enseñará que hay que dejarse de sueños, de falsos idealismos, de fantasías, de eso que —con un juego de palabras— solía calificar de *mística ojalatera: ¡ojalá no me hubiera casado, ojalá no tuviera esa profesión, ojalá tuviera más salud, o menos años o más tiempo!*

Frente a esos ensueños engañosos contrasta su profundo realismo, que se revela en una constante insistencia acerca de la categoría importantísima de las cosas pequeñas, como sendero seguro de los cristianos corrientes para acercarse a Dios. El Padre, desde los inicios de su predicación, hizo meditar aquellas palabras del Eclesiástico: **qui spernit modica, paulatim decidet** (Eccli XIX, 1), que le empujarán a concluir: *has errado el camino si desprecias las cosas pequeñas* (Camino, 816). Uno de los rasgos capitales de su espíritu era precisamente ese maravilloso engarce de los más grandes ideales— en un corazón tan grande, en un alma que voló tan

alto— con el amor a lo pequeño; a lo que se advierte solamente por las pupilas que ha dilatado el amor.

La dimensión sobrenatural del trabajo

Otra de las fundamentales enseñanzas del santo Fundador del Opus Dei es que el trabajo humano puede y debe ordenarse, en la conducta del cristiano, a realizar el plan de Dios. Multitud de veces ha recordado que la vocación humana —ese conjunto de particulares circunstancias: profesión, aspiraciones nobles, inclinaciones generosas, que configuran el quehacer de cada persona— es parte de la vocación divina.

Su fundamental afirmación de que toda ocupación honesta puede ser santificante y santificadora sonó a novedad, especialmente en los comienzos de su tarea. Se oponía irremediablemente a esa doctrina, la estimación del trabajo, habitual durante siglos, como cosa vil e incluso como un estorbo para la santificación de los hombres.

El trabajo —leemos en una de sus homilías— acompaña inevitablemente la vida del hombre sobre la tierra. Con él aparecen el esfuerzo, la fatiga, el cansancio: manifestaciones del dolor y de la lucha que forman parte de nuestra existencia humana actual, y que son signos de la realidad del pecado y de la necesidad de la redención. Pero el trabajo en sí mismo no es una pena, ni una maldición o un castigo: quienes hablan así no han leído bien la Escritura Santa.

Es hora de que los cristianos digamos muy alto que el trabajo es un don de Dios, y que no tiene sentido dividir a los hombres en diversas categorías según los tipos de trabajo, considerando unas tareas más nobles que otras. El trabajo, todo trabajo, es testimonio de la dignidad del hombre, de su dominio sobre la creación. Es ocasión de desarrollo de la propia personalidad. Es vínculo de unión con los demás seres, fuente de recursos para sostener a la propia familia; medio de contribuir a la mejora de la sociedad, en la que se vive, y al progreso de toda la Humanidad.

Para un cristiano, esas perspectivas se alargan y se amplían. Porque el trabajo aparece como participación en la obra creadora de Dios, que, al crear

al hombre, lo bendijo diciéndole: procread y multiplicaos y henchid la tierra y sojuzgadla, y dominad en los peces del mar, y en las aves del cielo, y en todo animal que se mueve sobre la tierra (Gen I, 28). Porque, además, al haber sido asumido por Cristo, el trabajo se nos presenta como realidad redimida y redentora: no sólo es el ámbito en el que el hombre vive, sino medio y camino de santidad, realidad santificable y santificadora...⁴.

Su enseñanza nos ayuda a descubrir cómo cualquier labor, por humilde que sea, si se hace bien y por un motivo sobrenatural, se enaltece. De este modo —junto al enorme valor humano y social del trabajo—, pone de manifiesto su acción instrumental en la economía de la Redención.

Predicó incesantemente que el cristiano ha de ocuparse de su trabajo sabiendo que Dios lo contempla: **laborem manuum mearum respexit Deus** (Gen XXXI, 42). Ha de ser la suya, por tanto, tarea santa y digna de El: acabada hasta el detalle —realizada con competencia técnica y profesional—, y llevada a cabo con rectitud moral, con hombría de bien, con nobleza, con lealtad, con justicia. Con estas condiciones, su trabajo profesional aparecerá como algo recto y santo, de paso que, también por este título de ofrecimiento al Creador, será oración.

El Padre explicaba que el milagro que espera el Señor de los cristianos es la santificación del quehacer de cada día, el prodigio de convertir la prosa diaria, en endecasílabo, en verso heroico, por el amor que ponen en su ocupación habitual: *unidos a Cristo por la oración y la mortificación en su trabajo diario, en las mil circunstancias humanas de su vida sencilla, obrarán esa maravilla de poner todas las cosas a los pies del Señor, levantado sobre la Cruz, donde se ha dejado enclavar de tanto amor al mundo y a los hombres.*

En el mensaje espiritual de Monseñor Escrivá de Balaguer, el trabajo humano —esa noble actividad que el materialismo trata de convertir en barro que ciega a los hombres y les impide mirar al Cielo— se ha hecho colirio, para mirar a Dios, para hablar y amar al Señor, en todas las circunstancias de la vida, en todas las cosas.

⁴ *Es Cristo que pasa*, n. 47, pp. 109 y 110.

La misión apostólica de todos los fieles

Al pensar en ese panorama de la vida cristiana que cada alma está requerida a llevar a su plenitud, la exigencia apostólica no es algo externo o yuxtapuesto a la actividad cotidiana; aparece como un principio connatural, inserto con divina delicadeza en la misma tarea corriente y ordinaria: *el cristiano —que vive en el mundo— realiza su apostolado con su vida toda, corriente y ordinaria, cuando mete el fermento de Cristo en los ambientes y estructuras en que se mueve; cuando, con la palabra y el ejemplo —con el testimonio— enciende una luz en el alma de sus amigos, de sus compañeros de profesión y oficio, de sus vecinos; cuando santifica su hogar y no ciega las fuentes de la vida, colaborando generosamente con el Señor, para que haya en la tierra nuevos hijos de Dios.*

Recuerdo con especial viveza unos vibrantes consejos del Padre, con los que nos animaba a esa actuación apostólica, ya que con el ejemplo y la palabra los cristianos pueden y deben remover a las almas que el Señor coloca en su camino: *actuando así daremos a quienes nos rodean el testimonio de una vida sencilla y normal, con las limitaciones y con los defectos propios de nuestra condición humana, pero coherente. Y, al vernos iguales a ellos en todas las cosas, se sentirán los demás invitados a preguntarnos: ¿cómo se explica vuestra alegría?, ¿de dónde sacáis las fuerzas para vencer el egoísmo y la comodidad?, ¿quién os enseña a vivir la comprensión, la limpia convivencia y la entrega, el servicio a los demás?*

San Juan conserva en su Evangelio una frase maravillosa de la Virgen, en las bodas de Caná. Nos narra el evangelista que, dirigiéndose a los sirvientes, María les dijo: Haced lo que El os dirá (Ioann II, 5). De eso se trata; de llevar a las almas a que se sitúen frente a Jesús y le pregunten: Domine, quid me vis facere?, Señor, ¿qué quieres que yo haga? (Act IX, 6) ⁵.

El apostolado que nace de ese fuego divino del amor de Dios se entrelaza así, en una unidad de vida sencilla y fuerte, con el trabajo y las ocupaciones ordinarias. Es, por su misma naturaleza,

⁵ Es Cristo que pasa, nn. 148 y 149, pp. 307 y 308.

laical y secular, y desde luego, siempre actual, moderno y necesario, pues, mientras haya criaturas sobre la tierra, los hombres y las mujeres se ocuparán de una determinada profesión u oficio.

Cuando las almas corresponden generosamente a las mociones de Dios, el trato con El les conduce a la unidad de vida, y se sienten impulsadas a *meter a Dios en todas las cosas, que, sin El, resultan insípidas. Una persona piadosa, con piedad sin beatería, procura cumplir su deber: la devoción sincera lleva al trabajo, al cumplimiento gustoso —aunque cueste— del deber de cada día... hay una íntima unión entre esa realidad sobrenatural interior y las manifestaciones externas del quehacer humano. El trabajo profesional, las relaciones humanas de amistad y de convivencia, los afanes por lograr —codo a codo con nuestros conciudadanos— el bien y el progreso de la sociedad son frutos naturales, consecuencia lógica, de esa savia de Cristo que es la vida de nuestra alma.*

Toda esta pedagogía tiene la sencillez, la lozanía, de lo que es de Dios, pero muestra una concepción del apostolado que no era fácil de asimilar en aquellos momentos en los que el Padre inicia su labor. Su modo de proceder no dejaba de causar admiración porque *el apostolado se concebía —son palabras suyas— como una acción diferente —distinguida— de las acciones normales de la vida corriente: métodos, organizaciones, propagandas, que se incrustaban en las obligaciones familiares y profesionales del cristiano —en ocasiones, impidiéndole cumplirlas con perfección— y que constituían un mundo aparte, sin fundirse ni entretenerse con el resto de su existencia.*

Por otra parte, eran tiempos aquellos en los que tampoco se aceptaba la autonomía de esa acción apostólica de los laicos que, naciendo de la propia vida interior, se manifiesta en las circunstancias específicas de cada alma. En 1932 escribía el Padre: *hay que rechazar el prejuicio de que los fieles corrientes no pueden hacer más que limitarse a ayudar al clero, en apostolados eclesiásticos. El apostolado de los seglares no tiene por qué ser siempre una simple participación del apostolado jerárquico: a ellos les compete el deber de hacer apostolado. Y esto no porque reciban una misión canónica, sino porque son parte de la Iglesia; esa*

misión la realizan a través de su profesión, de su oficio, de su familia, de sus colegas, de sus amigos.

Precisamente con ese afán apostólico personalísimo, los fieles corrientes prestarán a la Iglesia un servicio de valor incalculable, porque ese celo nace —sigo recogiendo textos del Padre— *cuando el cristiano comprende y vive la catolicidad de la Iglesia, cuando advierte la urgencia de anunciar la nueva de salvación a todas las criaturas y entonces sabe que ha de hacerse todo para todos, para salvarlos a todos* (I Cor IX, 22).

Verdaderamente, con este mensaje espiritual todas las profesiones, todas las situaciones sociales honradas han quedado removidas como las aguas de la piscina Probática, que menciona el Evangelio (cfr. Ioann V, 2 ss), y han adquirido fuerza medicinal, porque se hace así presente a todos los cristianos la necesidad del apostolado, la obligación de ayudar a otros, que por sí mismos no se valen, a arrojarse sin miedo a las aguas que sanan.

Con esta perspectiva se nos recuerda a los cristianos que, mientras en la tierra abundan manantiales amargos agriados por los sembradores del odio, hasta en las piedras más áridas e inspechadas brotarán —si somos fieles y apostólicos— torrentes medicinales: el caudal de agua de la gracia que salta hasta la vida eterna (cfr. Ioann IV, 14).

El «secreto a voces»

Ante la riqueza de esta doctrina del Padre, que acabamos de evocar, podemos preguntarnos: ¿cuál es la convicción básica, la persuasión honda, raíz de todo su mensaje espiritual, que el Espíritu Santo imprimió en su corazón?

Como hijo de tan buen Padre, me gusta repetir, gritándolo a la entera Humanidad: la necesidad de buscar la santidad personal en medio del mundo. Una convicción profunda que tiene, y tendrá siempre, perenne actualidad. La obligación de todos los cristianos de luchar para procurar ser santos y convertir su vida entera en un continuo apostolado.

Este fue el *secreto a voces* que el Padre descubrió a millares de almas.

¿No os conmueve el celo santo de aquel punto de Camino?

Un secreto.—Un secreto a voces: estas crisis mundiales son crisis de santos.

—Dios quiere un puñado de hombres «suyos» en cada actividad humana.—Después... «*pax Christi in regno Christi*» —la paz de Cristo en el reino de Cristo (Camino, 301).

El Señor —que había puesto, grabada a fuego en el corazón del Padre, esa honda persuasión, ese secreto— le impulsaba a ventilarlo por el mundo, de polo a polo, a propagarlo de corazón a corazón, en una incesante catequesis oral y escrita, hasta transformarlo en un grito encendido, en *secreto a voces*, proclamado con fe vibrante y operativa, con fe conmovedora, capaz de arrastrar a tantas almas en el seguimiento de Cristo.

Este *secreto a voces* es, en definitiva, el mensaje que Dios le pedía que transmitiera a la Humanidad: **ignem veni mittere in terram, et quid volo nisi ut accendatur?**, *fuego he venido a traer a la tierra, y ¿qué he de querer sino que arda?* (Lc XII, 49). *Nos hemos asomado un poco al fuego del Amor de Dios; dejemos que su impulso mueva nuestras vidas, sintamos la ilusión de llevar el fuego divino de un extremo a otro del mundo, de darlo a conocer a quienes nos rodean: para que también ellos conozcan la paz de Cristo y, con ella, encuentren la felicidad*⁶. La consecuencia inmediata de propagar el fuego divino en la sociedad, será contribuir a resolver esas crisis mundiales en sus mismas raíces, es decir, cristianamente: *un cristiano que viva unido al Corazón de Jesús no puede tener otras metas: la paz en la sociedad, la paz en la Iglesia, la paz en la propia alma, la paz de Dios que se consumará cuando venga a nosotros su reino*⁷.

Basta reflexionar un poco, para descubrir el alcance imponente que encierra esta llamada a las conciencias. Nos demuestra sin lugar a dudas que sólo podemos ser verdaderos artífices de paz, si de verdad luchamos para tenerla cada uno con Dios. Se pone al hombre, al cristiano, ante la urgencia de decidirse a dar a su vida un rumbo que no traicione su origen —de Dios venimos—, ni deserte de su fin último: a Dios hemos de volver.

⁶ *Es Cristo que pasa*, n. 170, pp. 351 y 352.

⁷ *Ibid.*, n. 170, p. 352.

IV. El Padre y la Universidad

El homenaje que, con cariño filial y con el mayor agradecimiento, rendimos hoy al Fundador y primer Gran Canciller de nuestra Universidad es un acto de estricta justicia.

En más de una ocasión nos señaló el Padre que la vida y la eficacia de este Centro universitario se debe principalmente a la dedicación, a la ilusión y al esfuerzo de todos los que colaboran en la tarea ordinaria de la colectividad académica: profesores, alumnos, empleados y cuantos trabajan en la Universidad. Sentía especial alegría al explicarnos que la Universidad de Navarra surgió en 1952, después de rezar durante años. Y en su última estancia entre vosotros, en mayo de 1974, le oísteis comentar: *al principio, cuando la Universidad de Navarra estaba en sus comienzos, pensaba: mi corazón irá a la Universidad, en un rincón. Pero no hace falta que lo diga: yo siempre tengo el corazón pegado a vosotros. ¡Tratádmelo bien!, procurando que yo sea bueno, rezando por mí.* El Padre sí que rezaba constantemente por vosotros y por vuestro trabajo, porque tenía puesto su corazón en la Universidad, a la que amaba con amor de predilección.

Por eso, repito, el homenaje que hoy le tributamos es un acto de justicia. No puede quedarse en un caluroso elogio o en un recuerdo pasajero: el Padre no estaría contento. Nuestro agradecimiento por haber promovido este Centro académico y por haberlo impulsado en su andadura durante casi un cuarto de siglo, ha de manifestarse con obras. Sin duda, nos mira ahora desde el Cielo con mirada paternal amabilísima. Su ejemplo nos alienta y nos incita a luchar con ardor y a ser fieles a lo que Dios, a todos y a cada uno en particular, nos sugiere a través de la figura de nuestro Padre.

El espíritu de la institución universitaria

Permitidme que evoque algunas de las recomendaciones con que el Padre os estimulaba, hace algo más de dos años, a mejorar siempre en vuestro trabajo: *poned mucho amor —insistía—, y veréis de qué manera esta familia de la Universidad se hace, cada día, levadura para una hornada maravi-*

llosa de almas, de felicidad en la vida eterna, pero también en la tierra. ¡Con dolor! Sin miedo al sufrimiento, que es un tesoro.

No cabe exponer con mayor brevedad y justeza, el espíritu vivificador de esta institución universitaria, imprescindible para que broten frutos sazonados. Es un espíritu exigente y de perfiles bien marcados, cuando los universitarios se inspiran en una concepción cristiana de la vida.

*Hemos de conducirnos de tal manera —nos exhorta el Padre en una de sus homilias—, que los demás puedan decir, al vernos: éste es cristiano, porque no odia, porque sabe comprender, porque no es fanático, porque está por encima de los instantos, porque es sacrificado, porque manifiesta sentimientos de paz, porque ama*⁸.

Con esta exigencia de humana fraternidad, cuantos forman parte de la corporación académica se constituyen en familia, en fermento que influye de modo especial, con influencia poderosa y benéfica, en el propio ambiente universitario, donde se cultivan el ejercicio simultáneo de la libertad y de la responsabilidad personales, y la virtud de la convivencia, sin discriminaciones de ningún tipo. El influjo del **Alma Mater** —si ha formado a los estudiantes en esa mentalidad de servicio— se traducirá en una gran ayuda para la sociedad, a través del trabajo de los universitarios, que contribuirán a una siembra de paz, con la promoción del amor a la verdad, a la justicia y a la libertad.

Nuestro Fundador os decía, en ocasión solemne, que *no hay Universidad propiamente en las Escuelas donde, a la transmisión de los saberes, no se una la formación enteriza de las personalidades jóvenes*⁹. No basta proporcionar a los alumnos la necesaria preparación humana, científica y profesional. Esto es mucho, pero es poco cuando se mira la tarea universitaria —en su doble faceta de docencia y de investigación científica— desde el punto de vista cristiano.

Por eso el Padre os animaba con palabras que recordaréis muchos de los Profesores aquí presentes: *emulación, conviene que haya, para que cada*

⁸ *Es Cristo que pasa*, n. 122, p. 256.

⁹ Discurso pronunciado en la Ceremonia de Investidura del Grado de Doctor «Honoris Causa», celebrada en la Universidad de Navarra el día 28 de noviembre de 1964.

día seáis más delicados, más cristianos; no sólo más maestros, sino más discípulos de Cristo.

Se trata, en suma, de poner por obra —renovar el alma con la luz de esta doctrina y sacar propósitos personales muy concretos— la constante enseñanza de nuestro santo Fundador sobre las exigencias de la unidad de vida:

Si el mundo ha salido de las manos de Dios, si El ha creado al hombre a su imagen y semejanza y le ha dado una chispa de su luz, el trabajo de la inteligencia debe —aunque sea con un duro trabajo— desentrañar el sentido divino que ya naturalmente tienen todas las cosas; y con la luz de la fe, percibimos también su sentido sobrenatural, el que resulta de nuestra elevación al orden de la gracia. No podemos admitir el miedo a la ciencia, porque cualquier labor, si es verdaderamente científica, tiende a la verdad. Y Cristo dijo: ego sum veritas (Ioann XIV, 6). Yo soy la Verdad.

El cristiano ha de tener hambre de saber. Desde el cultivo de los saberes más abstractos hasta las habilidades artesanas, todo puede y debe conducir a Dios. Porque no hay tarea humana que no sea santificable, motivo para la propia santificación y ocasión para colaborar con Dios en la santificación de los que nos rodean. La luz de los seguidores de Jesucristo no ha de estar en el fondo del valle, sino en la cumbre de la montaña, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en el Cielo (Mt V, 16).

Trabajar así es oración. Estudiar así es oración. Investigar así es oración. No salimos nunca de lo mismo: todo es oración, todo puede y debe llevarnos a Dios, alimentar ese trato continuo con El, de la mañana a la noche. Todo trabajo honrado puede ser oración; y todo trabajo, que es oración, es apostolado. De este modo el alma se enreca en una unidad de vida sencilla y fuerte¹⁰.

Un intercesor en el Cielo

Trabajar con este ambicioso horizonte de servicio cristiano es lo que el Padre deseaba siempre para nosotros. La sociedad y la Iglesia necesitan —y con vital urgencia, diría— de esta dimensión seriamente cristiana del quehacer universitario. Aunque cada

¹⁰ *Es Cristo que pasa*, n. 10, pp. 39 y 40.

uno sienta su flaqueza personal, puede estar seguro de que este ideal no es una meta inasequible, porque siempre contamos con la gracia de Dios y ahora, cuando la Universidad tiene ya su cabeza en el Cielo, hemos de trabajar con la seguridad de que esos tesoros de la ayuda divina se derramarán más abundantemente sobre vosotros.

Sabéis que la gran esperanza del Padre era —como tantas veces repetía— *saltarse a la torera* el Purgatorio: y para eso pedía nuestra ayuda. En una ocasión le oí comentar: *pienso que no será necesario que me digan: Josemaría, al Purgatorio. Me iré en seguida, con el deseo de salir cuanto antes para gozar eternamente del Amor de Dios en el Cielo.* Ante las protestas cariñosas de los que le escuchábamos, respondió: *si rezáis mucho, todos, el Señor, que puede hacer de las piedras hijos de Abraham, podrá sacar de este borriquillo suyo un alma para el Paraíso.*

Allí vive, sin duda; ha alcanzado ya el encuentro definitivo con la Trinidad Beatísima, a la que le ha conducido el trato constante con la *trinidad de la tierra*, como gustaba llamar a la Sagrada Familia.

Nos acompañaba aquí nuestro Fundador con su palabra, con su cariño, con su mirada inolvidable, con su sonrisa, con su fortaleza. Ahora ciertamente nos dirige, nos guía desde el Cielo lo mismo que antes, pero con más eficacia aún. Las luces humanas que antes recibíamos de sus desvelos, se unen con especial luminosidad a la asistencia del Paráclito, que como Maestro está de asiento en nuestras almas, para que demos cumplimento a este espíritu de amor y de paz que nos ha entregado.

Cuantos le conocimos y tratamos, pudimos descubrir y apreciar en el Padre un don, con el que el Señor le había distinguido: una gracia especialísima que impulsaba a quienes le escuchaban a elevar hacia Dios la mirada y el corazón —aun en los momentos más sencillos de la intimidad familiar—, porque introducía en la conversación, con la mayor naturalidad, la perspectiva sobrenatural que brota de la fe y de un vigoroso sentido cristiano de la vida.

Ahora que nuestro Padre nos mira desde el Cielo, vamos a pedirle que nos obtenga del Señor la decisión de alzar nuestros ojos para descubrir más intensamente aún la plena dimensión de nuestro trabajo:

el compás divino, que lleva al orden sobrenatural todas las ocupaciones de este mundo, cada día con más Amor.

La Universidad de Navarra —que tan dentro de su corazón estaba— es fruto, lo sabemos, de la oración del Padre. Más de una vez oísteis de sus labios que los frutos que de la Universidad esperaba son también, y fundamentalmente, frutos de santidad.

En la respuesta cotidiana a Dios de nuestro santo Fundador, rebosante de amor y de generosidad, aprendimos que lo que el mundo necesita es, precisamente, este fermento de cristianos que caminen de cara a la eternidad, alumbrando con la luz de Dios todas las realidades de la tierra.

Para lograr esos frutos de santidad hemos de realizar una siembra incansable de amor, de verdad y de paz entre los hombres. Para perseverar en ese esfuerzo, nos sostiene ahora la eficacia de su paternal intercesión desde el Cielo. No es sólo el Fundador de la Universidad de Navarra, es también el gran valedor de nuestra tarea con su asiduo patrocinio ante la Trinidad Beatísima y ante Nuestra Madre Santa María que es *Sedes Sapientiae*, Asiento de la Sabiduría, y que el Padre, con tanto cariño hacia sus hijos, quiso que nos presidiera desde lo alto del **Campus**, para que a Ella dirigiéramos nuestras miradas y nuestros corazones y con Ella fuéramos a Dios.

* Este mismo texto —junto con el de los otros dos discursos pronunciados en el mismo acto académico— ha sido publicado por Ediciones Universidad de Navarra bajo el título «En memoria de Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer» (Colección *Temas de Nuestro Tiempo*, núm. 25, Pamplona, 1976).

Índice

	Páginas
Monseñor Escrivá de Balaguer, instrumento de Dios.	3
I. EL PADRE, INSTRUMENTO DE DIOS	5
Su humildad llena de amor	6
Su entrega sin condiciones	10
II. LA FUNDACIÓN DEL OPUS DEI	11
Los barruntos del querer de Dios	12
Las campanas de Nuestra Señora de los Angeles	16
El trabajo de los comienzos	18
La expansión apostólica	20
Alegría en medio de la contradicción	22
Su amor a la Iglesia y al Papa	24
Continuidad y fidelidad	26
III. LA PROYECCIÓN DE SU FIGURA EN LA IGLESIA Y EN EL MUNDO	27
La vocación a la santidad	29
La dimensión sobrenatural del trabajo	32
La misión apostólica de todos los fieles	34
El «secreto a voces»	36
IV. EL PADRE Y LA UNIVERSIDAD	38
El espíritu de la institución universitaria.	38
Un intercesor en el Cielo	40

UNIVERSIDAD DE NAVARRA
SERVICIO DE BIBLIOTECAS